

Y para aprovechar aquello que él creía protección de la Providencia, Santiago se acercó al paje, que, al conocerle, dejó caer sucesivamente sus tres piedrecillas en la misma mano, cruzó su pierna derecha sobre la izquierda y esperó á que el curial hablara, mirándole con la expresión burlona característica en la corporación á que él tenía el honor de pertenecer.

—Buenos días, señor paje—dijo Aubry cuando creyó que el paje le oiría.

—Buenos días, señor curial—respondió el joven—, ¿qué hacéis por este barrio?

—Si deseáis que os lo diga, os lo diré: buscaba algo que creo haber encontrado, puesto que os veo; buscaba las señas de mi excelente amigo el conde... el barón... el vizconde... las señas de vuestro amo.

—¿Deseáis verle?

—Ahora mismo, si fuese posible.

—Pues vais á quedar complacido, porque acaba de entrar á ver al preboste.

—¿En el Châtelet?

—Sí; y no tardará en salir.

—¿Qué suerte tiene, si puede entrar en el Châtelet cuando quiere! ¿Acaso es amigo del señor Roberto de Estourville mi amigo el vizconde... el conde... el barón...?

—El vizconde.

—Mi amigo el vizconde de... decidme de qué—continuó Aubry deseando aprovechar la oportunidad para enterarse del nombre de su amigo—, el vizconde de...

—El vizconde de Mar...

—¡Ah!—interrumpió Santiago viendo al que buscaba aparecer en la puerta del Châtelet. Y sin dejar que el paje acabara de pronunciar el nombre, continuó—: ¡Ah, querido vizconde! ¡Al fin os encuentro! Os estaba buscando; os esperaba.

—Buenos días—contestó Marmagne evidentemente contrariado por aquel encuentro—. Buenos días, amigo mío. Quisiera hablar con vos, pero por desgracia estoy muy de prisa. De modo, que hasta la vista.

—Un momento, un momento—exclamó Aubry cogiéndose al brazo de su amigo—. No podéis ir así. Tengo que pedir un favor que me interesa mucho.

—¿Vos?

—Sí, yo; y ya sabéis que el cielo ordena que los amigos se ayuden mutuamente.

—¿Los amigos?

—Sin duda. ¿No sois amigo mío? ¿En qué consiste la amistad? En la confianza, ¿no? Pues bien, yo he depositado en vos toda mi confianza, puesto que os cuento mis asuntos y los de los demás.

—¿Os habéis arrepentido de ello alguna vez?

—En cuanto á vos, nunca; pero no me sucede lo mismo con todos. Hay en París un hombre á quien busco y á quien con ayuda de Dios encontraré.

—Querido amigo—le interrumpió Marmagne, que tenía buenos motivos para suponer quién era el

hombre á quien Aubry buscaba—. Ya os he dicho que tenía mucha prisa.

—Pero esperad un instante nada más. Os repito que podéis hacerme un gran favor.

—Decidlo pronto.

—Tenéis buenas relaciones en la corte, ¿verdad?

—Mis amigos lo aseguran.

—¿Tenéis influencia?

—Mis enemigos lo habrán notado.

—Pues bien, querido conde... querido barón... querido...

—Vizconde.

—Haced que me encierren en el Châtelet.

—¿Cómo?

—En calidad de preso. Eso es todo.

—¿En calidad de preso? ¡Qué aspiración más rara!

—¿Qué queréis! Es la mía.

—¿Y para qué necesitáis entrar en Châtelet?—preguntó Marmagne sospechando que este deseo de Aubry ocultaba algún nuevo secreto del cual le sería fácil sacar partido.

—A otro que no fuérais vos, no se lo diría, amigo mío; pues he aprendido á mi costa, ó mejor dicho, á la del pobre Ascanio, que lo mejor es callarse. Pero á vos es otra cosa; ya sabéis que no tengo secretos para vos.

—Decid lo que sea.

—¿Me prometéis hacer que me encierren en el Châtelet si os lo digo?

—Inmediatamente.

—Pues bien; imaginaos que he cometido la imprudencia de contar á alguien más que á vos, que había visto una muchacha encantadora en la cabeza del dios Marte.

—¿Y qué?

—¡Imprudentes! ¡Charlatanes! ¿Pues no han ido á propalar el cuento de tal modo que se ha enterado el preboste? ¡Figuraos! Como el preboste había perdido á su hija hacia pocos días, sospechó que era ella la que se ocultaba en aquel escondrijo; comunicó sus sospechas al conde de Orbec y á la duquesa de Etampes y fueron todos á hacer un registro domiciliario en el palacio de Nesle mientras Benvenuto estaba en Fontainebleau. En resumen, que se llevaron á Colomba y encerraron á Ascanio en la cárcel.

—¡Bah!

—Como os lo cuento, amigo mío. ¿Y sabéis quién es el culpable de todo esto? Un tal vizconde de Marmagne.

—Pero—interrumpió éste intranquilo al ver que su nombre reaparecía sin cesar en labios de Aubry—, todo eso no me explica el interés que tenéis de entrar en el Châtelet.

—¿No lo comprendéis?

—No.

—Han prendido á Ascanio.

—Sí.

—Le han encerrado en el Châtelet.

—Bien.

—Pero lo que no saben, lo que ignoran todos, menos la duquesa de Etampes, Benvenuto y yo,

es que Ascanio posee cierta carta, cierto secreto que puede ser la perdición de la duquesa. ¿Lo comprendéis ahora?

—Sí, ya empiezo á comprenderlo. Pero dadme más detalles.

—Sabedlo, vizconde—continuó Aubry aristocratizando su manera de hablar—. Quiero entrar en el Châtelet, ver á Ascanio, recoger su carta ó enterarme de su secreto, salir de la prisión, ir en busca de Cellini, combinar con él el medio de hacer triunfar la virtud de Colomba y el amor de Ascanio, y confundir á los Marmagne, á los Orbec, al preboste, á la duquesa de Etampes y á la demás canalla.

—Es muy ingenioso el medio. Gracias por vuestra confianza. Os prometo que no os arrepentiréis de ella.

—¿Me prometéis, pues, vuestra protección?

—¿Para qué la necesitáis?

—Ya os lo he dicho varias veces. Para entrar en el Châtelet.

—Contad con ello.

—¿En seguida?

—Esperad aquí.

—¿Aquí mismo?

—Sí; ahí mismo.

—¿Adónde vais?

—A buscar la orden necesaria para que os prendan.

—¡Ah, amigo mío! ¡querido barón, querido conde!... Pero tened la bondad de decirme vuestro nombre para que yo sepa cómo encontraros si tuviera necesidad de vos... Decidme vuestras señas...

—Es innecesario. Vuelvo en seguida.

—Eso es, volved pronto. Y si encontráis en el camino á ese maldito Marmagne, decidle...

—¿Qué?—preguntó el vizconde.

—Decidle que he hecho un juramento que le interesa muy de cerca.

—¿Cuál es?

—Que morirá á mis manos.

—Adiós—exclamó el vizconde apresuradamente—. Adios; esperadme ahí.

—Hasta muy pronto—contestó Santiago Aubry—. Aquí os espero. ¡Ah! vos sois un buen amigo, un hombre en que puede uno fiarse; pero yo desearía saber...

—Adiós, señor curial—dijo el paje, que durante toda la precedente conversación había estado á prudente distancia, y que echaba á andar para reunirse con su amo.

—Adiós, simpático paje—contestó Aubry—. Pero antes que os vayáis, hacedme un favor.

—¿Cuál?

—¿Quién es ese noble caballero á cuyo servicio tenéis la honra de estar?

—¿El que ha estado hablando con vos ahora mismo más de un cuarto de hora?

—Sí.

—¿El que vos llamáis vuestro amigo?

—Sí.

—¿Y no sabéis cómo se llama?

—No.

—Pues se llama...

—Es persona muy conocida y muy influyente en la corte, ¿verdad?

—¿Quién lo duda!

—Muy bien relacionado...

—El es el que lo dispone todo cerca del rey y de la duquesa de Etampes.

—¡Ah!... ¿Y decís que se llama?

—Se llama el vizconde de... Pero ved que se vuelve hacia aquí para llamarme. Dispensad y permitidme que me vaya.

—¿El vizconde de qué?

—El vizconde de Marmagne.

—¡Marmagne!—exclamó Aubry—. ¡El vizconde de Marmagne! ¿Ese caballero es el vizconde de Marmagne?

—El mismo.

—¿El amigo del preboste, del conde de Orbec, de la duquesa de Etampes?

—En persona.

—¿El enemigo de Benvenuto Cellini?

—Precisamente.

—¡Ah!—exclamó Aubry, viendo como á la luz de un relámpago todo lo pasado—. ¡Ah! ¡Ahora lo comprendo todo!

Y como estaba sin armas, con un movimiento rápido como la imaginación, se apoderó de la espada del paje, arrebatándosela por el puño, y echó á correr detrás de Marmagne gritándole:

—¡Para! ¡Para!

Al oír el primer grito, Marmagne, intranquilo, se volvió, y viendo correr hacia él á Aubry espada en mano, supuso que por fin había sido descubierto. Sólo podía hacer dos cosas: aguardarle ó huir. Pero Marmagne no era bastante valiente para esperar á pie quieto á su enemigo, ni bastante cobarde para echar á correr, huyendo. Escogió un recurso intermedio, y se metió precipitadamente en una casa, cuya puerta estaba abierta, esperando que tendría tiempo de cerrar. Por desgracia para él, la puerta estaba sujeta á la pared con una cadena que Marmagne no pudo desenganchar, y Aubry, que se acercaba velozmente, entró en el patio de la casa antes de que él hubiese tenido tiempo de llegar á la escalera.

—¡Ah, Marmagne! ¡condenado vizconde! ¡espía maldito! ¡Ladrón de secretos! ¡Eres tú! ¡Por fin te conozco y te encuentro! ¡Ponte en guardia, miserable!

—Caballero—respondió Marmagne intentando echarlas de gran señor—, ¿suponéis que el vizconde de Marmagne conceda al curial Santiago Aubry la honra de cruzar su espada con él?

—Si el vizconde de Marmagne no concede al curial Santiago Aubry la honra de cruzar su espada con él, el curial Santiago Aubry otorgará al vizconde de Marmagne la honra de atravesarle de parte á parte con su espada.

Y para que aquél á quien dirigía esta amenaza no pudiera dudar de la posibilidad de su inmediata ejecución, Aubry apoyó la punta de su espada en el pecho del vizconde y le hizo sentir su agudeza al través de su justillo.

—¡Asesino!—gritó Marmagne—. ¡Socorro! ¡Que me matan!

—Grita cuanto quieras—contestó Santiago—. Antes de que pueda llegar alguien habrás dejado de gritar. Lo mejor que puedes hacer es defenderte. De modo que, ¡en guardia, vizconde, en guardia!

—Pues bien—exclamó el vizconde—. Sea, ya que lo quieres. Espera un poco que voy á darte tu merecido.

Marmagne, como se ha podido ver, no era valiente, pero del mismo modo que todos los señores de aquella época caballeresca, había recibido educación militar, y tenía fama de ser un excelente tirador. Verdad que también se aseguraba que esta reputación no tenía otro objeto que el de evitarle las cuestiones desagradables, más bien que el de ayudarle á llevarlas á feliz término; en el terreno del honor, espada en mano. No es menos cierto que viéndose vigorosamente estrechado por Aubry, desnudó la espada y se puso también en guardia con todas las reglas del arte.

Pero si Marmagne poseía una habilidad reconocida entre los señores de la corte, Aubry era hombre de una destreza incontrastable entre los alumnos de la Universidad y los pasantes de la curia. Resultó, pues, que al primer encuentro, cada uno de los dos adversarios vió que había de entendiérselas con un rival temible; sólo una gran ventaja favorecía á Marmagne: Aubry había cogido la espada del paje, que era seis pulgadas más corta que la del vizconde; esto no era un gran inconveniente para la defensa, pero significaba una grave inferioridad para el ataque.

En efecto, aventajando por seis pulgadas al estudiante; armado con una espada medio pie más larga que la suya, Marmagne no tenía más que presentar la punta del acero ante la cara de su enemigo, para tenerle constantemente á distancia, mientras, por su parte, Santiago Aubry atacaba gallardamente haciendo fintas y tirándose á fondo; Marmagne, sin tener verdadera necesidad de retroceder un paso, juntando sencillamente su pierna derecha á la izquierda, se encontraba fuera de línea. Ocurrió que ya dos ó tres veces, á pesar de la rapidez de la parada, la larga espada del vizconde había rozado el pecho de Santiago, mientras la de éste, aun tirándose á fondo, sólo había herido al aire.

Aubry comprendió que estaba perdido si continuaba aquel juego, y para ocultar á su adversario toda idea del plan que acababa de adoptar, continuó atacando y parando por las paradas y fintas ordinarias, ganando terreno insensiblemente, pulgada á pulgada; luego, cuando se creyó bastante cerca, se descubrió como por torpeza. Marmagne viendo un claro se tiró á fondo; Aubry, prevenido, hizo una parada en primera, y luego, aprovechándose de que la espada de su adversario se encontraba levantada á dos pulgadas sobre su cabeza, se deslizó debajo de la hoja, saltando y yéndose á fondo al mismo

tiempo, tan hábil y vigorosamente, que la pequeña espada del paje desapareció hasta la guarnición en el pecho del vizconde.

Marmagne lanzó uno de esos gritos ahogados que anuncian la gravedad de una herida; después, bajando la mano, pálido, dejó escapar su espada, y cayó hacia atrás.

En aquel momento acudió una patrulla de la ronda, atraída por el grito de Marmagne, por las indicaciones del paje y por la presencia del grupo que se formó delante de la puerta, y como Aubry aún tenía en la mano su espada llena de sangre, le detuvieron.

Aubry quiso al pronto hacer alguna resistencia; pero como el jefe de la patrulla exclamó en alta voz: «Desarmad á este bribón y conducidle al Châtelet»; entregó su espada y siguió á los guardias hacia la prisión por él tan deseada, admirando los designios de la Providencia, que á la vez le concedía las dos cosas que más ambicionaba: vengarse de Marmagne y aproximarse á Ascanio.

Esta vez no se le opuso ninguna dificultad para recibirle en la fortaleza real; únicamente, como parecía que estaba por el momento muy recargada de inquilinos, hubo una larga discusión entre el portero y el inspector de la prisión para saber dónde había de ser encerrado el nuevo preso; al fin, aquellos dos honorables funcionarios se pusieron de acuerdo sobre tal punto, en virtud de lo cual el portero hizo á Aubry señal de que le siguiera, le obligó á bajar treinta y dos escalones, abrió una puerta, le introdujo en un calabozo muy oscuro y cerró la puerta tras él.

### XXXIII

#### DE LAS DIFICULTADES QUE SE OFRECEN Á UN HOMBRE HONRADO PARA SALIR DE LA CÁRCEL

Santiago quedó un instante aturldo por el rápido paso de la luz á la obscuridad. ¿Dónde estaba? No lo sabía. ¿Se encontraba cerca ó lejos de Ascanio? Lo ignoraba. En el corredor que acababa de cruzar, solamente había visto, además de la puerta que se abrió para darle paso, otras dos; pero su primer deseo estaba logrado; al fin se encontraba bajo el mismo techo que su amigo.

Sin embargo, como él no podía permanecer eternamente en el mismo sitio, y al otro lado del calabozo, es decir, á quince pasos próximamente delante de él, divisaba un ligero resplandor que se filtraba al través de un tragaluz, adelantó un pie con precaución, llevado por el deseo instintivo de acercarse al espacio iluminado; pero al segundo paso le pareció que faltaba de pronto el piso bajo sus pies; descendió rápidamente tres ó cuatro peldaños y arrastrado por el impulso adquirido, se hubiera estrellado la cabeza contra la pared á no habersele enredado los pies en un obstáculo que le hizo tambalearse en aquel momento. Resultó de ello que Aubry se salvó con solo algunas contusiones.

El obstáculo que había prestado involuntariamente aquel servicio al joven lanzó un profundo gemido.

—Perdón—dijo Aubry levantándose y quitándose políticamente su gorro—. Perdón; me parece que he tropezado con alguien ó con algo, y esta es una inconveniencia que yo jamás me hubiera permitido si viese claro.

—Habéis tropezado—dijo una voz—en esto que hace sesenta años fué un hombre, y que pronto será un cadáver por toda la eternidad.

—Entonces—dijo Aubry—, mi delito no es más que el de haberos interrumpido cuando os ocupábais sin duda, como debe hacerlo todo buen cristiano, en arreglar vuestras cuentas con Dios.

—Mis cuentas están arregladas, señor curial; yo pequé como un hombre, pero he sufrido como un mártir, y espero que Dios, pesando mis faltas y mis dolores, hallará que la suma de éstos es mayor que la de aquéllos.

—Amén—dijo Aubry—, y eso es lo que yo os deseo de todo corazón. Pero si esto no os molesta demasiado por el momento, mi querido compañero, y digo mi querido porque presumo que no me guardaréis ningún resentimiento por el ligero accidente gracias al cual os he conocido hace poco; si esto no os molesta demasiado, repito, decidme por qué misteriosa revelación habéis podido saber que yo soy curial.

—Porque lo he visto en vuestro traje, y sobre todo en el tintero que lleváis pendiente de vuestra cintura en el sitio donde los caballeros llevan su puñal.

—¿Porque lo habéis visto en mi traje y en el tintero? ¡Ah! Mi querido compañero, me habéis dicho, si no estoy equivocado, que os halláis en trance de muerte.

—Espero llegar pronto al término de mis males; sí, espero dormir hoy bajo tierra, para despertar mañana en el cielo.

—Yo no me opongo, de ningún modo—respondió Santiago—. Solamente os haré notar que la situación en que os encontraréis á estas horas, no es de las más á propósito para bromear.

—¿Y quién os dice que yo bromeo?—murmuró el moribundo lanzando un profundo suspiro.

—¡Cómo! Decís que me habéis conocido por mi traje y el tintero que traigo en la cintura, y yo, á pesar de tener buena vista, no distingó aquí los dedos de mis manos.

—Es posible—respondió el prisionero—, pero cuando hayáis pasado quince años como yo en un calabozo, vuestros ojos verán en las tinieblas tanto como otras veces á la luz del sol.

—¡Que el diablo me deje ciego antes de hacer semejante aprendizaje!—exclamó Aubry—. ¿Quince años lleváis en esta prisión?

—Quince ó diez y seis años, poco más ó menos; hace mucho que dejé de contar los días y de medir el tiempo.

—¿Habéis, pues, cometido algún crimen abominable para ser castigado con tanta crueldad?

—Soy inocente—respondió el prisionero.

—¡Inocente!—exclamó Aubry espantado—. ¡Ah!

Mi querido compañero, ya os hice observar antes que no es éste momento para bromas.

—Y yo os he respondido que no bromeo. —Entonces, no podéis por menos que mentir, y considerad que la broma es un simple juego de la imaginación que no ofende ni al cielo ni á la tierra, mientras que la mentira es un pecado mortal que compromete al alma.

—Yo no he mentado jamás.

—¿Sois inocente y estáis preso hace quince años?

—Quince años, poco más ó menos; ya os lo dije.

—¡Oh!—exclamó Santiago—. ¡Y yo que también soy inocente!...

—¡Que Dios os proteja entonces!—respondió el moribundo.

—¿Cómo que Dios me proteja?

—Sí, porque el culpable puede tener esperanza de que se le perdone, pero el inocente ¡jamás!

—Es muy profundo, amigo mío, lo que acabáis de decir; pero sabed que no siempre es cierto.

—He dicho la verdad.

—En fin—replicó Santiago—, veamos; vos ten-



Aubry cogió un escabel y se acercó al lecho del moribundo.

dréis algún pecadillo que reprocharos, dicho sea acá «inter nos»; contádmelo, pues.

Y Aubry, que, efectivamente, comenzaba á distinguir los objetos en la obscuridad, cogió un escabel, se acercó al lecho del moribundo, y escogiendo un espacio donde la pared formaba un ángulo, colocó su asiento y se acomodó en aquella especie de sillón improvisado, el más confortable que pudo alcanzar.

—¡Ah, ah! Guardáis silencio, mi querido amigo, no tenéis confianza en mí. Vaya, lo comprendo; quince años de calabozo os han hecho, sin duda, desconfiado. Pues bien; yo me llamo Santiago Aubry; tengo veinte años; soy curial, como habéis visto, ó, por lo menos, lo habéis dicho; tengo algunos motivos, que yo sólo sé, para encerrarme en el Châtelet; hace diez minutos que estoy aquí, y he tenido el honor de conoceros. He aquí mi vida entera; desde ahora me conocéis lo mismo que yo me conozco; hablad como os plazca, mi querido compañero, que ya os escucho.

—Y yo—dijo el prisionero—, yo soy Esteban Raymond.

—Esteban Raymond—murmuró Santiago—. No conozco ese nombre.

—Lo creo—dijo el que acababa de darse á conocer—. Vos erais un niño cuando plugo á Dios hacerme desaparecer de la faz de la tierra; además, ocupé poco lugar en ella é hice poco ruido, de suerte que nadie se percató de mi ausencia.

—Bien; pero ¿qué hicisteis vos? ¿Qué fuisteis?...

—Fuí el hombre de confianza del condestable de Borbón.

—¡Ah! Habréis hecho traición al Estado, como él; entonces no me extraña...

—No; no quise hacer traición á mi señor; eso fué todo.

—Vamos por partes: ¿cómo pudo ser eso?

—Yo estaba en París, en el palacio del condestable, mientras él habitaba su castillo de Borbón l'Archambaut. Un día se me presentó el capitán de sus guardias, que llevaba una carta de monseñor para mí. En aquella carta me ordenaba que entregase al mensajero, inmediatamente, un paquetito sellado que encontraría en el dormitorio del duque, á la cabecera de su lecho, en el fondo de un armario pequeño. Conduje al capitán hasta la alcoba, avancé hacia la cabecera, abrí el armario, el paquete estaba en el sitio indicado, y se lo entregué al mensajero, que se marchó al instante. Una hora después varios soldados, al mando de un oficial, fueron del Louvre, me ordenaron que les abriera el dormitorio del duque y les enseñara un armario que debía encontrarse á la cabecera del lecho. Obedecí, ellos abrieron el armario, pero buscaron inútilmente: lo que buscaban era el paquete que acababa de llevarse el mensajero del duque.

—¡Diablo, diablo!—murmuró Aubry, que comenzaba á experimentar vivo interés por la situación de su compañero de infortunio.

—El oficial me dirigió terribles amenazas, á las cuales sólo respondí que ignoraba lo que quería de mí, porque si hubiese dicho que acababa de entregar el paquete al mensajero del duque, podían correr en su persecución y detenerlo.

—¡Peste!—interrumpió Aubry—. Que hubieran sido más sagaces; vos os portasteis como un servidor bueno y leal.

—Entonces el oficial dispuso que me vigilaran dos de sus guardias, y acompañado de otros dos regresó él al Louvre. Al cabo de media hora volvió con orden de conducirme al castillo de Pierre-en-Loire, en Lyon; me pusieron grilletes y esposas, me metieron en un carruaje y colocaron un soldado á mi derecha y otro á la izquierda. Cinco días después caí enfermo en una prisión que, debo decirlo, está lejos de ser tan sombría y tan rigurosa como ésta; pero ¿qué importa?—murmuró el moribundo—. Una prisión es siempre una prisión, y yo he acabado por acostumbrarme á ésta como á las otras.

—¡Hum!—dijo Santiago Aubry—; eso prueba que sois un filósofo.

—Tres días y tres noches transcurrieron—continuó Esteban Raymond—, y á la cuarta noche me despertó un ligero ruido; abrí los ojos, la puerta giró sobre sus goznes; entró una mujer cubierta con un velo y acompañada por el carcelero; el carcelero colocó una lámpara sobre la mesa, y á una indicación de mi nocturna visitante, se retiró humildemente; entonces ella se aproximó á mi lecho y levantó el velo: yo lancé un grito.

—¿Eh? ¿Quién era ella?—preguntó Aubry; acercándose vivamente al narrador.

—Era la misma Luisa de Saboya; era la duquesa de Angulema en persona; era la regente de Francia, la madre del rey.

—¡Ah, ah!—exclamó Aubry—. ¿Y qué pretendía de un pobre diablo como vos?

—Iba á buscar aquel paquete que yo había entregado al mensajero del duque, y que contenía las cartas de amor que, imprudente princesa, había escrito ella al que ahora perseguía.

—¡Diantre!—murmuró entre dientes Aubry—. He ahí una historia que se parece, como una gota de agua á otra, á la de la duquesa de Etampes y Ascanio.

—¡Bah! Todas las historias de princesas locas y enamoradizas se parecen—respondió el prisionero, que por las trazas, tenía el oído tan fino como la vista—. Solo que la desgracia cae sobre los pequeños que se mezclan en ellas.

—¡Un instante! ¡Un instante, profeta de desdichas!—exclamó Aubry—. ¿Qué diablos decís? Yo también me he mezclado en una historia de princesa loca y enamoradiza.

—Bueno; si es así, dad el último adiós al día y á la luz y á la vida.

—¡Idos al infierno con vuestras predicciones de ultratumba! ¿Qué tengo yo que ver en todo esto? Yo no soy el enamorado, es Ascanio.

—¿Era yo acaso el enamorado de mi historia?—replicó el prisionero—. ¿No ignoraba todo el mundo mi existencia? No; yo me vi colocado, sin querer, entre un amor estéril y una venganza fecunda, y quedé aplastado por el choque de aquellas dos fuerzas encontradas.

—¡Ventre de Mahoma!—exclamó Aubry—. No estáis para reflexionar, buen hombre. Pero volvamos á la primera, pues precisamente porque me hace temblar, vuestra historia me interesa sobremanera.

—Quedamos en aquellas cartas que ella deseaba, como os he dicho. En cambio de aquellas cartas me prometió favores, dignidades, títulos; por volver á ver aquellas cartas, por poseerlas de nuevo, me ofreció cuatrocientos mil escudos, como á Semblacay, que debió pagar su complacencia en el patíbulo. Yo la contesté que no tenía aquellas cartas, que ni siquiera las conocía, y que no sabía nada de cuanto me decía. Entonces, á las promesas sucedieron las amenazas; pero no logró intimidarme, porque yo había dicho la verdad. Aquellas cartas las había yo en-

regado al mensajero de mi noble señor. Ella salió furiosa, y después transcurrió un año sin que yo oyera hablar de nada. Al cabo de un año, volvió y se reprodujo la misma escena. A mi vez, fui yo quien la rogó, quien la suplicó que me dejara salir. La juré por mi mujer y mis hijos, todo fué inútil; no me quedaba más recurso que entregar las cartas ó morir en la prisión. Un día encontré una lima en el pan. Mi noble señor se había acordado de mí; sin duda ausente, desterrado, fugitivo como estuvo, no había podido librarme ni con sus ruegos ni por la fuerza. Mandó á Francia uno de sus criados, que obtuvo del carcelero que me entregara aquella lima, diciéndome que me la enviaba. Limé uno de los barrotes de mi ventana. Hice una cuerda con tiras de lienzo, descendí, pero llegué al extremo, busqué inútilmente el suelo con las puntas de mis pies, dejéme caer invocando el nombre de Dios, y me rompí una pierna en la caída; una ronda de noche me encontró desmayado. Entonces me trasladaron al castillo de Chalons-sur-Saône. Allí permanecí dos años, poco más; después, al cabo de dos años, mi perseguidora reapareció en mi prisión. Eran aquellas cartas, siempre aquellas cartas, las que la hacían volver. Esta vez iba acompañada del verdugo; me hizo dar tormento, crueldad inútil, pues nada consiguió, nada pudo alcanzar. Yo sólo sabía que había entregado aquellas cartas al mensajero del duque. Un día, en el fondo del cántaro que contenía el agua que me daban, encontré un saco lleno de oro: era otra vez que mi noble amo se acordaba de su pobre servidor. Quise sobornar á un carcelero, y pronto el miserable aparentó dejarse corromper; á media noche vino á abrirme la puerta de la prisión. Salí; le seguí á lo largo de los corredores; sentí el aire del exterior; ya me creía libre; algunos soldados se arrojaron sobre nosotros y nos agarraron á los dos. Mi guía había fingido dejarse enternecer por mis súplicas, á fin de apropiarse el oro que viera en mis manos; luego me hizo traición para ganar la recompensa ofrecida á los delatores. Se me trajo á este calabozo del Châtelet. Aquí se me presentó la última vez Luisa de Saboya; entró seguida del verdugo. La amenaza de la muerte no pudo hacer más que hicieran las promesas y el tormento. Me ataron las manos; pasaron una cuerda por una argolla, y ataron aquella cuerda á mi cuello. Respondí siempre lo mismo, añadiendo que mi enemigo colmaba todos mis deseos al decretar mi muerte, pues yo estaba desesperado de aquella vida de cautiverio. Sin duda esta declaración fué lo que la contuvo. Salió, y el verdugo desapareció detrás de ella. Hace ya tiempo que no la veo. ¿Qué ha sido de mi noble duque? ¿Qué ha sido de la cruel duquesa? Lo ignoro, porque desde entonces, hace quince años, no he vuelto á hablar con alma viviente.

—Los dos han muerto—respondió Aubry.

—¡Muertos los dos! ¡Muerto mi noble duque! ¡Pero si aún era joven, si no tenía más que cincuenta y dos años! ¿Cómo ha muerto?

—Murió en el asalto de Roma, y probablemente...—Aubry iba á añadir: «de mató uno de mis amigos»; pero se contuvo, pensando que tal circunstancia podría entibiar las relaciones existentes entre él y el anciano. Ya sabemos que Aubry era prudente.

—¡Probablemente!...—repitió el prisionero.

—Le mató un orfebre llamado Benvenuto Cellini.

—Hace veinte años hubiera maldecido al agresor; hoy, desde el fondo de mi corazón exclamo: ¡Que el agresor sea bendito! ¿Habrán concedido á mi noble duque una sepultura digna de él?

—Así lo creo: se le ha elevado una tumba en la catedral de Gaëta, y esa tumba ostenta un epitafio, en el cual se dice que al lado de quien duerme allí, Alejandro el Grande fué un bribón y César un pilluelo.

—¿Y la otra?

—¿Qué otra?

—Ella, mi perseguidora.

—También muerta; muerta hace nueve años.

—Esto es. Cierta noche, en mi prisión, vi una sombra arrodillada y suplicante. Me levanté y la sombra desapareció. Era ella que venía á pedirme perdón.

—¿De modo que creéis que os habrá perdonado al morir?

—Lo espero, por la salvación de mi alma.

—Pero en ese caso debieron ponerlos en libertad.

—Puede ser que ella lo recomendara; pero soy tan poca cosa, que en medio de esa gran catástrofe se habrán olvidado de mí.

—Así, pues, vos, en el momento de morir, ¿perdonaréis á vuestro verdugo?

—Levantadme, joven, que quiero rogar por los dos.

Y el moribundo, sostenido por Aubry, unió en la misma plegaria á su protector y á su perseguidora; al que se había acordado de él en su desgracia y á la que no le había olvidado en su odio; al condestable y á la regente.

El prisionero había dicho la verdad; los ojos de Aubry empezaban á acostumbrarse á las tinieblas, y distinguieron en la obscuridad la figura del moribundo. Era un amable viejo, enflaquecido por el sufrimiento; tenía la barba blanca, la frente calva, y una de esas cabezas como la que soñara el Dominico al ejecutar su «Confesión de San Jerónimo».

Cuando acabó de rezar lanzó un suspiro y se desplomó: estaba desmayado.

Aubry le creyó muerto. Sin embargo, corrió al cántaro, cogió agua con el hueco de su mano y humedeció con ella el rostro del prisionero. El moribundo volvió en sí.

—Has hecho bien en socorrerme, joven—dijo el anciano—, y he aquí tu recompensa.

—¿Qué es esto?—preguntó Aubry.

—Un puñal—respondió el moribundo.

—¡Un puñal! ¿Y cómo se encuentra este arma en vuestro poder?

—Oye. Un día el carcelero, al traerme el pan

y el agua, colocó su linterna sobre el escabel, que por casualidad estaba junto á la pared. En esa pared existe una piedra saliente, y sobre esa piedra algunas letras grabadas con un cuchillo. No he tenido tiempo de leerlas. Pero escarbé la tierra con mis manos, la amasé de manera que formase una pasta, y con ella tomé la impresión de esas letras: «Ultor». ¿Qué quería decir esa palabra «vengador»? Volví á examinar la piedra; probé á moverla. Se meneaba como un diente en su alveolo. A fuerza de paciencia, repitiendo veinte veces los mismos esfuerzos, conseguí arrancarla de la pared. Introduje la mano en la excavación que había dejado, y encontré ese puñal. Entonces volví á sentir el casi perdido anhelo de libertad, y resolví con ese puñal abrirme paso á cualquiera de los calabozos vecinos, y allí, con ayuda de quien lo habitara, combinar un plan de evasión. Nada de aquello me salió bien; escavar la tierra, horadar la muralla es una ocupación, y cuando vos estéis, como yo, veinte años en un calabozo, veréis cuán terrible enemigo es el tiempo.

Aubry tembló de pies á cabeza.

—¿Pusisteis en ejecución vuestro plan?—preguntó.

—Sí, y con más facilidad de lo que yo creía. Al cabo de los doce ó quince años aproximadamente que estoy aquí, nadie supone, sin duda, que yo pueda evadirme, y hasta puede ser que se ignore mi existencia. Se me guarda, como se guarda esta cadena que pende de la argolla. El condestable y la regente han muerto; ellos solos se acordaban de mí. ¿Quién sabrá ahora, aquí mismo, qué quiero decir al pronunciar el nombre de Esteban Raymond? Nadie.

Aubry sintió que el sudor cubría su frente, pensando en el olvido á que tal vez estaba condenado él también.

—¿Y qué?—preguntó—. ¿Y qué?...

—¡Pues bien!—dijo el anciano—. Durante más de un año he cavado en el suelo, y recientemente he practicado en la pared un agujero, por el cual puede pasar un hombre.

—¿Y qué habéis hecho de la tierra que sacasteis de ese agujero?

—La he extendido como arena por el calabozo, y la he confundido con el suelo en fuerza de pisar sobre ella.

—¿Y dónde está ese agujero?

—Debajo de mi lecho. En quince años á nadie se le ha ocurrido cambiarle de sitio. El carcelero no baja aquí más que una vez al día. El carcelero se va, las puertas vuelven á cerrarse, el ruido de sus pasos se apaga, yo separo mi cama y pongo manos á la obra; luego, cuando llega la hora de la requisa, coloco el lecho en su sitio y me acuesto en él. Anteayer me acosté para no levantarme más; había llegado al límite de mis fuerzas; hoy he llegado al límite de mi vida. Seas bien venido, joven; tú me ayudarás á morir, en cambio yo te nombraré mi heredero.

—¡Vuestro heredero!—dijo Aubry asombrado.

—Sin duda. Te dejaré ese puñal. ¿Sonríes?

¿Qué herencia más preciosa pudiera dejarte un prisionero? Este puñal puede ser la libertad.

—Tenéis razón—dijo Aubry—, y os lo agradezco. Pero el agujero que habéis practicado, ¿adónde cae?

—No he llegado todavía al otro lado; pero, sin embargo, creo que estaré muy cerca. Ayer oí en el calabozo inmediato ruido de voces.

—¡Diablo!—exclamó Aubry—. Creéis...

—Creo que con algunas horas de trabajo habréis acabado mi obra.

—Gracias—dijo Aubry—, gracias.

—Ahora que venga un sacerdote. Yo quisiera un sacerdote—dijo el moribundo.

—Esperad, padre mio—dijo Aubry—, esperad; es imposible que nieguen semejante consuelo á un moribundo.

Corrió á la puerta, sin tropezar esta vez, porque sus ojos se habían acostumbrado á la obscuridad, y golpeó con pies y manos.

Bajó un carcelero.

—¿Por qué promovéis este escándalo? ¿Qué queréis?

—El anciano que está conmigo se muere—dijo Aubry—y pide un confesor; ¿se lo negaréis?

—¡Hum!...—murmuró el carcelero—. Yo no sé por qué todos estos valientes piden confesores. Bueno, se le enviará uno.

Efectivamente, diez minutos más tarde apareció el sacerdote conduciendo el santo Viático, precedido por dos sacristanes, uno de los cuales llevaba la cruz y otro la campanilla.

Fué un espectáculo solemne la confesión de aquel mártir, que no tenía que revelar más crímenes que los de otros, y que en lugar de pedir perdón para él, rogó por sus enemigos.

Por poco impresionable que fuera Aubry, se dejó caer de rodillas y recordó sus oraciones de niño, que él creía haber olvidado.

Cuando el prisionero hubo terminado su confesión, fué el sacerdote quien se inclinó ante él, pidiéndole que le bendijera.

El anciano se sonrió radiante como un bienaventurado; puso una mano sobre la cabeza del sacerdote, extendió la otra hacia Aubry, exhaló un hondo suspiro y se echó hacia atrás.

Aquel suspiro era el último.

El sacerdote salió como había entrado, acompañado de los dos acólitos, y el calabozo, iluminado un instante por la trémula claridad de los cirios, volvió á su obscuridad.

Aubry tornó á encontrarse solo con el muerto.

Era aquella una compañía bastante triste, sobre todo por las reflexiones á que daba lugar. Aquel hombre que estaba allí acostado, entró inocente en la prisión, estuvo encerrado veinte años y sólo salía porque la muerte, esa gran libertadora, había ido á buscarle.

Santiago no sabía lo que le pasaba; por primera vez se encontraba ante un supremo y sombrío pensamiento; por primera vez sondeaba con una mirada los ardientes azares de la vida y las profundas tranquilidades de la muerte.

Luego, en el fondo de su corazón, empezó á

despertarse una idea egoísta: él se imaginaba verse inocente como aquel hombre, y como aquel hombre cogido entre el engranaje de esas pasiones reales que hieren, devoran, aniquilan una existencia. Ascanio y él podían desaparecer á la fuerza, como había desaparecido Esteban Raymond. ¿Quién pensaría en ellos?

Tal vez Gervasia.

Benvenuto Cellini, seguramente.

La primera sólo podía llorar; el segundo, pidiendo á grito herido aquella carta que Ascanio poseía, confesaba él mismo su impotencia.

Y por toda probabilidad de salvación, por única esperanza, le quedaba la herencia de aquel difunto: un puñal viejo que ya había frustrado las esperanzas de sus dos primeros dueños.

Aubry había ocultado el puñal en el pecho, y convulsivamente llevó su mano á la empuñadura para asegurarse de que aún estaba allí.

En aquel instante volvió á abrirse la puerta, y entraron para llevarse el cadáver.

—¿Cuándo me traeréis la comida?—preguntó Santiago—. Tengo hambre.

—Dentro de dos horas—respondió el carcelero. Y el estudiante se quedó solo en el calabozo.

## XXXIV

## UN HURTO HONRADO

Aubry pasó aquellas dos horas sentado en el banquillo sin moverse de su sitio; de tal modo mantenía su cuerpo en reposo la actividad de su pensamiento.

A la hora indicada bajó el carcelero, renovó el agua y cambió el pan; esto era lo que en el lenguaje del Châtelet se llamaba una comida.

El estudiante recordó lo que el moribundo le había dicho: que la puerta del calabozo sólo se abría cada veinticuatro horas; sin embargo, permaneció todavía mucho tiempo sentado en el mismo sitio, sin hacer un solo movimiento, creyendo que el acontecimiento del día no alteraría en nada las costumbres de la prisión.

Muy pronto vió, gracias á su tragaluz, que la noche se acercaba. Era un día bien completo el que acababa de transcurrir. Por la mañana, el interrogatorio del juez; al medio día, el duelo con Marmagne; á la una, la prisión; á las tres, la muerte del prisionero, y ahora sus primeras tentativas para evadirse.

En la vida de un hombre no se presentan muchos días como este.

Aubry se levantó lentamente, fué á la puerta para escuchar si se acercaba alguien; luego, para que no se vieran sobre su jubón las huellas de la tierra y de la pared, se despojó de aquella prenda de su vestido, separó el lecho y encontró la abertura de que le había hablado su compañero.

Se deslizó como una serpiente por aquella estrecha galería, que podría tener ocho pies de

profundidad, y que atravesando la pared, llegaba al otro lado.

Al primer golpe que dió Aubry con el puñal, advirtió, efectivamente, por el sonido que produjo el suelo, que muy pronto conseguiría su objeto, que era el de abrir una salida por cualquiera parte. ¿Adónde conduciría esta salida? Hubiera tenido que ser hechicero para decirlo.

Continuó su trabajo, haciendo el menor ruido posible. De cuando en cuando únicamente salía de su agujero, como haría un minero, para derramar por la habitación la tierra, que había acabado por interceptar su galería; después se colaba otra vez en su pasadizo y volvía á la faena.

Mientras Aubry trabajaba, Ascanio pensaba tristemente en Colomba.

También él, como ya hemos dicho, había sido conducido al Châtelet; también él, como Aubry, había sido encerrado en un calabozo. Sin embargo, fuera casualidad, fuera recomendación de la duquesa, aquel calabozo estaba un poco más habitable que el de Santiago.

Pero ¿qué le importaba á Ascanio un poco más ó un poco menos de comodidad? Su calabozo era, al fin y al cabo, un calabozo; su cautiverio una separación. Le faltaba Colomba, es decir, más que la luz, más que la libertad, más que la vida. Estuviera Colomba con él en el calabozo, y el calabozo se convertiría en un lugar de delicias, en un palacio encantado.

¡Habían sido tan dulces para el pobre joven los últimos tiempos de su vida! Soñando durante el día con su adorada y permaneciendo junto á ella por la noche, jamás había pensado que aquella felicidad pudiese acabarse. También, á veces, en medio de su felicidad, la mano de hierro de la duda le había oprimido el corazón. Como el hombre á quien amenaza un peligro, pero que no sabe cuándo descargará el peligro sobre él, había descartado rápidamente todas las inquietudes de lo porvenir, para apurar todas las delicias del presente.

Y ahora estaba en un calabozo, solo, lejos de Colomba, quizás enferma como él, encerrada tal vez en algún convento, de donde no podría salir sin pasar antes por la capilla donde la esperaba el marido que á la fuerza querían hacerle aceptar.

Dos pasiones terribles vigilaban á la puerta de la prisión de ambos jóvenes: el amor de la duquesa de Etampes, en el umbral de la de Ascanio; la ambición del conde de Orbec, en el umbral de la de Colomba.

Así fué que, una vez solo en su calabozo, se sintió Ascanio muy triste y muy abatido: era la suya una de esas naturalezas tiernas que necesitan apoyarse en una organización robusta; era una de esas flores graciosas y delicadas que se doblegan al menor soplo de viento, y no se levantan más que á los rayos vivificantes del sol.

Encerrado en una prisión, el primer cuidado de Benvenuto hubiera sido el de explorar las puertas, reconocer las paredes, hacer resonar el suelo, para cerciorarse de si las unas ó los otros ofrecían

á su viva y batalladora inteligencia algún medio de salvación. Ascanio sentóse en su cama, dejó caer la cabeza sobre el pecho y murmuró el nombre de Colomba. No le pasó por las mientes la idea de que fuese posible evadirse de algún modo de un calabozo cerrado por tres rejas de hierro, y rodeado de muros de seis pies de espesor.

Aquel calabozo, como ya hemos dicho, ofrecía un aspecto menos sombrío y algo más habitable que el de Santiago; en él había una cama, una mesa, dos sillals y una estera vieja; además, sobre el saliente de una piedra, practicado al efecto, brillaba una lámpara. Aquel era, sin duda, el calabozo de los privilegiados.

Se advertía también una gran mejora en el sistema de alimentación: en vez del pan y el agua que servían una vez al día á Santiago, Ascanio disfrutaba de dos comidas, ventaja que estaba compensada por el disgusto de ver dos veces al carcelero. Aquellas comidas, dicho sea en honor de la filantrópica administración del Châtelet, no eran del todo despreciables.

Ascanio se fijó poco en este detalle; era una de esas organizaciones delicadas, femeniles, que parecen vivir de perfumes y de rocío. Siempre sumido en sus reflexiones, comió un poco de pan, probó algunas gotas de vino, y continuó pensando en Colomba y en Benvenuto Cellini; en Colomba como en el único dueño de su amor, en Cellini como en el que fundaba su única esperanza.

En efecto; hasta entonces, Ascanio no se había ocupado en ninguno de los cuidados y detalles de la existencia; Benvenuto vivía para los dos; él, Ascanio, se contentaba con respirar, con idear alguna hermosa obra de arte, y con amar á Colomba. Era como el fruto pendiente de un árbol vigoroso, y que de él recibe toda su savia.

Aún á la sazón, siendo su situación tan angustiosa como era; si, en el momento en que le arrestaron; si, en el momento en que le condujeron al Châtelet, él hubiese podido ver á Benvenuto Cellini, hubiera podido decirle, apretándole la mano: «Está tranquilo, Ascanio; yo velo por ti y por Colomba»; su confianza en el maestro era tan grande, que sostenido por esta sola promesa, hubiera esperado con inquietud el momento en que su prisión se abriese, seguro de que aquella prisión debía de abrirse, á pesar de las puertas y las rejas.

Pero no había visto á Benvenuto; Benvenuto ignoraba que su discípulo querido, que el hijo de su Estéfana estaba preso; se necesitó un día para ir á prevenirle á Fontainebleau, suponiendo que alguien tuviera la idea de hacerlo; otro día para que regresara á París, y en dos días los enemigos de dos amantes pueden tomar mucha delantera sobre el defensor.

De este modo pasó Ascanio sin dormir el resto del día y la noche que siguió á su arresto, ya paseándose, ya sentándose, ya echándose en el lecho, en el cual, por una atención particular, que probaba hasta qué punto estaba recomendado el prisionero, habían puesto sábanas limpias. Durante todo aquel día, durante toda aquella noche

y durante toda la mañana siguiente, nada nuevo ocurrió, á no ser la visita reglamentaria del carcelero que le llevaba las comidas.

Hacia las dos de la tarde, según los cálculos del prisionero, le pareció oír hablar cerca de él: era un murmullo sordo, indistinto, en el cual era imposible distinguir nada, pero producido indudablemente por voces humanas. Ascanio escuchó, se dirigió al lado hacia donde se sentía el ruido: era en uno de los ángulos de su calabozo. Aplicó silenciosamente su oído á la pared y al suelo; el ruido parecía venir de debajo de tierra.

Ascanio tenía un vecino que, evidentemente, no estaba separado de él más que por una pared muy delgada ó por un piso muy débil.

Al cabo de dos horas, poco más, aquel rumor cesó y todo quedó en silencio.

Luego, al anochecer, volvió á comenzar el ruido, pero esta vez había cambiado de naturaleza. No era ya el que hacen dos personas que hablan, sino el producido por golpes sordos y apresurados, como los que hace un tallador de piedra. Aquel ruido salía del mismo lado; no se interrumpió ni un segundo, é iba siempre aproximándose.

Por preocupado que estuviese Ascanio con sus propias ideas, no pudo menos de merecerle alguna atención aquel ruido, y por eso permaneció con los ojos fijos en el sitio de donde procedía. Debía ser media noche lo menos, pero á pesar del insomnio de la víspera, Ascanio no pensó siquiera en dormir.

El ruido continuaba; como aquella no era hora á propósito para realizar un trabajo ordinario, evidentemente se trataba de un preso que se apercibía para la evasión. Ascanio se sonrió tristemente ante esta idea que llegaba hasta él: el desgraciado que acaso por un instante se creería en libertad, no haría más que cambiar de prisión.

De tal manera se aproximó el ruido, que Ascanio corrió á su lámpara, la cogió y volvió con ella hacia el sitio donde se dejaba oír; casi en el mismo instante, el suelo se levantó en el ángulo más apartado del calabozo, y al romperse dió paso á una cabeza humana.

Ascanio lanzó un grito de asombro y luego de alegría, al que respondió otro no menos acentuado. Aquella cabeza era la de Santiago Aubry.

Un instante después, gracias á la ayuda que prestó Ascanio al que le hiciera visita tan extraña é inopinada, los dos amigos se abrazaron mutua y efusivamente.

Se comprende que las primeras preguntas y respuestas fueran algo incoherentes; pero al fin, en fuerza de cambiar palabras sin interrupción, acabaron por poner algún orden en sus imaginaciones y verter un poco de claridad sobre sus ideas. Ascanio, además, no tenía casi nada que decir, mientras que, por el contrario, Santiago tenía que saberlo todo.

Entonces Aubry se lo contó todo: que él, Aubry, había vuelto al palacio de Nesle al mismo tiempo que Benvenuto; que había sabido casi á la vez



Una noche vi en mi calabozo una sombra arrodillada.